



GACETA DE MADRID.

A. S. M. la Reina

DOÑA ISABEL II,

en su día.

Suspende ¡oh Aquilon! suspende el vuelo
Y acalla tu bramido:
Rompan el triste velo
De nieblas y vapores,
Por esa esfera pálida tendido,
Del igneo sol insólitos fulgores,
Y en púrpica esplenden lento
De púrpura y zafir se ostente ufano
Plácido día, que en eterno oriente
Jamás se oculte al hemisferio hispano.

No se oculte jamás! Esa es la lumbré
Que, dominando opuestos horizontes,
Del vasto mar que á las Antillas orla
Hasta la helada cumbre
De los cántabros montes,
Y allá donde á la mar sus aguas rinde
El que en la fértil sierra de Cazorla
Ve de Castilla el enriscado linde;
Oye doquier los fervidos saludos
De metálica voz, el aire hirviendo,
Y ecos que arranca á los espacios mudos
Del cañon ronco el rimbombante estruendo.

Esa es la lumbré que al brillar serena
Tres lustros há, los plácidos albores
De un astro nuevo de esperanza y gloria
Vió esclarecer los ámbitos de España:
Lumbré de un día de feliz memoria,
Que en su brillante historia,
A despecho del hado que se ensaña
En deslustrar su majestad primera,
Señalará una era
De ilustracion y libertad. Ni el vario
Destino de la guerra,
Que un año y otro devastó su tierra,
El sol de tan solemne aniversario
Pudo nunca nublar. Siempre que luce,
Cual Iris de bonanza,
Calma el dolor, renueva la esperanza,
Arranca aplausos, disipando llantos,
Y á Isabel rinde, en homenaje justo,
Nuevas virtudes en el pecho augusto,
Y en la faz virginal nuevos encantos.

¡ISABEL! ¡Fausto nombre, siempre caro
A la española gente!
Nombre glorioso, de recuerdo egregio!
Al pronunciarte el labio reverente,
Quisiera oír tu voz, y al ángel régio,
Cuyas gracias, que ostenta el alto Trono,
Nuevo hechizo y fulgor te pristan ora,
Los votos repetir en blanda lira,
Que á todo un pueblo inspira.
La que despunta refulgente aurora.

Quince veces apenas, desde el día
Que en su cuna de oro
Al popular aplauso respondía
Con el vagido de su tierno lloro,
Quince veces no mas luces tan bellas
Brillaron en el ártico hemisferio,
Y ya conservan de Isabel las huellas
Entrañadas costas de su vasto Imperio.

Vila, de Sirio despreciando el rayo,
Dejar del sólo la propicia sombra;
Admirar el Moncayo
Del fértil Ebro en la risueña alfombra;
Entre el viror alegre,
Que volvieron las márgenes del Segre,
Atravesar los campos, que á su vista
Con insólita pompa vistió Ceres;
Y suspender su marcha, saludando
La cuna del Católico Fernando,
La tumba de los nobles Berengüeres.

Nueva Tétis, la acogen cariñosas,
Dando á su gracia juvenil aumento,
Las ondas espumosas
De aquel mar opulento
Que oprimieron un tiempo las galerías
Del bélico Aragón, cuando al acento
De Lauria, desplegadas sus banderas
Terror del mauritano,
Saludaron las costas de Levante,
Mudo el arrogante
Aligeró leon, las vío Venecia
Derrocar de Parténope al tirano,
Estremeciendo á Grecia
Y venciendo el poder del Vaticano.

Y vosotras también, olas azules,
A que rinde tributo el Bidasoa,
Del régio rostro el mágico reflejo
Reverberasteis en el ancho espejo,
Que hendido un tiempo por cortante proa,
Abrió camino de Tovar al lorio,
Cuando brillando en apartada orilla
La enseña de Castilla,
Asombro impuso al Tánesis umbrío.

Del alto Pirineo
El eco vuela que á Isabel aclama,
Y lo lleva la fama
Al antiguo dosel de Clodoveo,
Do, deponiendo de la guerra adusta
Desvelos afanosos,
Dos régios héroes corren presurosos
A saludar á la vijeira augusta.

Alarde haciendo de bizarra pompa,
Que su marcial espíritu revela,
Llegan al eco de guerrera trompa,
Y á la hueste que avanza
Un solo centinela

Indica de Isabel la confianza;
Hasta que Irún gozoso los recibe,
Y su modesto río,
Lleno de noble orgullo,
Vigor prestando al liguado murmullo
Y usurpando del mar el poderío,
Alza entre espumas argentadas olas
Al reflejar banderas españolas.

Mas adónde me lleva
La ardiente fantasia,
Mientras el sol magnífico se eleva
Que alumbraba de Isabel el fausto día?
¿Por qué acego la mente
La enojosa memoria
Del tiempo que impaciente
Lloró su ausencia el carpetano suelo,
¡Oh, basta! Y quiera el Cielo

Que su feliz estrella
Al genio audaz de la discordia enfrente,
Y allá en los siglos de la edad futura
El claro nombre de Isabel resuene
Emblema de poder y de ventura!

G. J. de Arce

A. S. M. la Reina

DOÑA ISABEL SEGUNDA,

con ocasion del monumento que ha dispuesto se erija á espaldas de su Real Patronato, en honor de la memoria de su difunto Cueto

D. AGUSTIN ARGÜELLES. (1)

Allí verás cuán poco mal ha hecho la muerte, en la memoria y clara fama de los famosos hombres que ha destruido. (Garcaso. — Elégia I.)

Y llega un día en que el civil tumulto,
de sí mismo cansado,
impío Catin convulso se adormece
en sangre fraternal torpe bañado;
y de Dios maldecido, se reclina
en el materno seno profanado
de la patria en ruina.
Y libre entónces de cobarde insulto,
sobre los nombres que la envidia crece
y de luces fantásticas circunda,
ígnese el justo, y brilla, y resplandece:
cual de reptiles sobre tropa inmundada
el águila se mece,
los vientos despreciando y las centellas,
y en vulo arrebatado
sube al círculo azul de las estrellas.

¡Silencio! Los bramidos
de ronca tempestad no llevan sustos
al acuitado corazón. Augustos
nombres de paz y de concordia unidos
pronuncia ya el hermano,
de su enemigo al estrechar la mano.
Falsos tribunos de engañosas iras

(1) Esta Oda (no publicada hasta hoy) fue escrita para optar á los premios ofrecidos por la Tertulia progresista del 18 de febrero á los que mejor celebrasen la piadosa resolución de S. M., y obtuvo el segundo.

en las r-ov-llas ondas popul- res
no trenolan sus rojos pabellones:
piratas de los mares,
Judas de los monarcas y naciones.
¡Silencio! En sus altares
los ídolos de barro se estremecen:
dioses ayer, en las voraces piras
de la liviana plebe ora perecen.

¿Qué voz sonora por los aires gira,
de aplausos al estruendo,
reprochacion, rezurección pidiendo?
Es clamor de la historia:
es canto de la lira:
es la voz de la patria, y su victoria.
¡Númen de la justicia Omnipotente!
esa es tu voz de triple acento armada:
voz de Dios y su espada
que túnica de vida refulgente
á Lázaro reviste,
ó á la esposa de Loth, que le resiste,
en su furor divino
deja inmóvil por siempre en el camino.

De esa voz red-torata
que el cielo afirma, y que á silencio mudo
reducir jamás pudo
grandeza, ni poder, ni trono erguido,
ni magia del error fascinadora,
intérprete sublime; ¡oh Reina! has sido,
cuando en honor del que meció tu cuna
y á tu doble orfandad sirvió de escudo
en la adversa fortuna,
deyas hoy sobre inmortal cimiento,
por su gloria y tu gloria, un monumento.

Por su gloria y tu gloria;
que si régia corona tu hermosura
realza ¡oh Reina! la inmortal historia
otra que siempre dura
como á rey de virtud cede á su frente.
Y si de santa gratitud movida
en mármoles y broncees su memoria
grabas con letras de oro
á su memoria para siempre unida
tu memoria feliz de gente en gente
levará diligente
la egregia fama en su clarín sonoro.

Y cuando el tiempo cano
en giro eterno pueblos y ciudades,
y altos reyes é imperios
al tocar con sus alas desvanezca;
y en remotas edades,
sin cortejo triunfal ni incienso vano,
tu nombre ante los siglos comparezca,
¡dichosa tú! que su corona el justo
mayor de los hespéritos
colocará sobre tu nombre augusto,
pagán-lote colmado ¡oh gran Señora!
el honor que á su fama das ahora.

¿No ves ya cual dilata
al aire niveas plumas
el genio de la gloria refulgente
con ímpetu sonoro,
sin temor á los rayos ni á las brumas,
suelto el cabello en la radiosa frente,
el manto desceñido;
y cómo al son de su trompeta de oro
los ánimos absorto arrebatada;
las aves en el nido
suspenden su concento;
y enmudecen la mar, la tierra, el viento?

La paz anuncia; y señalando ufano
el túmulo sagrado que levanta
tu gloriosa piedad en fausto día,
signo le llama que de amor envía
por tu graciosa mano
el llacador clemente,
á la que asaz la desunión quebranta
y el rencor de la lucha, libra gente.

«Y basta, basta, dice,
de lágrimas y horrores, bella España:
mas alto y mejor triunfo te predice
tu inolomable valor entre los hombres
que de civil contienda odiosa hazaña.
«De bandos fratricidas tristes nombres
no mas repitan ecos de tu tierra:
«del ángulo Calpe hasta el frances Pirene,
«y desde el áureo Tajo lusitano,
«que al mar llevó tu sangre en turbias ondas,
«hasta el seno cerúeo gaditano,

«plegado su pendon, calle la guerra;
«y otro nombre no suene.
«ni á mas nombre dulcísimo respondas
«que al repetido por doquier de ¡hermano!

«En ese monumento
«que á tu glorioso Aristides eleva
«la filial virtud de Reina pia,
«tripl: aureola sacrosanta esplende,
«émula en su fulgor del claro día,
«que hasta el cielo trasciende,
«y de uno al otro polo ligada lleva,
«por mis alas movido, el raudal viento.
«Aurora divina es del anciano
«que de virtud la oliva triunfalera
«supo alcanzar con indomable aliento
«en combates sin cuento.
«Es fúlgida diadema al Soberano
«que la excelsa virtud del justo aclama
«en pompa del olvido vengadora.
«Y es ¡oh pueblo! tu llama
«que en los altivos corazones prende,
«con que animados al combate duro,
«de la gloria el pendon llevan al muro.

«España! Es de tus tujos,
«cuando críste al pecho generoso,
«esta fama, esta luz, esta victoria
«que uno tan solo al parecer alcanza.
«El sangriento sudor; los congojos
«escudidos; los prolijos
«sufanos y el terror, de todos fueran
«cuando por santa libertad lidiaron:
«cuando por santa libertad vencieron;
«y cuando trono y libertad fundaron.
«De todos es, de todos es la gloria
«como la pugna fué. Dulce esperanza
«de dulce paz sus ánimos aliente:
«area de firme alianza
«del cenotafio sea;
«y el mundo absorto con aplauso vea
«en el laurel que la imperial matrona
«ciche á uno solo en la radiosa frente,
«de todos, pueblo y trono, la corona.»

Dice, y rasga la esfera,
y á lo mas alto del dorado ciclo,
unión y paz clamando,
sigue con alas de oro el raudal vuelo.
Su voz doquier sonando,
unión y paz repite, y desaparece
luego del sol en la inllamada hoguera.
Precipita su curso per-zoso
el viejo Manzanarés,
y de santo respeto se estremece
al escuchar la célica armonía,
unión y paz cantando en su alegría.
Unión y paz de su cristal undoso
la nina en la ribera,
y los brutos rapiten, y las aves
en cánticos silaves.

Convierte tu mirada
¡oh Reina bella!
al túmulo sagrado
del insigne varon egregio templo,
do á su nombre enlazado
el tuyo á reyes servira de ejemplo.
Hé allí á sus pies el pueblo redimido
que libre, y fuerte, y triunfador bendice
del sol de su grandeza en tí la aurora;
como en el mar perdido
vé el naufrago infelice,
rotos los fieros nublitos, clara estrella
señal de la bonanza salvadora.
Y del inclito astur, á los hermanos
en armas y valor, verás, que fieles
con temblorosas manos
riegan sobre la tumba sus laureles.
¡Generacion que rica en prez se aleja,
y en la orfandad de su virtud nos deja!

¡Oh jóven coronada! Los leones,
rota ya su cadena,
al sacudir altivos su melena
librarán de vil polvo tus salones.
Ora feroces rujan, ora mudos
con sangrienta pupila den espanto,
fieles al trono le serán escudos
contra infames traiciones.
Cubiertos con tu manto
y en sus garas el cetro diamantino,
por su instinto seguro al fin te guia;
y en no lejano día
á la gloria inmortal te harán camino.

Rafael María Baralt.

